

Polo: el buscador



Cuadernos de Sudestada

Polo: el buscador

*Una mirada a la vida y la obra del periodista
Fabián Polosecki*

Hugo Montero – Ignacio Portela

Polo: el buscador

Ediciones Continente

Pavón 2229 (C1248AAE) Buenos Aires, Argentina
Tel.: (54-11) 4308-3535 - Fax: (54-11) 4308-4800
e-mail: info@edicontinente.com.ar
www.edicontinente.com.ar

Cuadernos de *Sudestada*

Sáenz 271, 1° P (CP:1832) Lomas de Zamora, Buenos Aires, Argentina
Tel.: (54-11) 4292-1859
e-mail: sudestadarevista@yahoo.com.ar
www.revistasudestada.com.ar

ISBN:

Corrección: Nadia Fink

Diseño de Tapa e Interior: Martín Azcurra

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.





Prólogo

La vida real

Conocí a Polo en 1985 en la editorial Abril que entonces ocupaba varios pisos en un edificio del Bajo. Éramos muy jóvenes –yo tenía 22 años, él 21– y, si bien contábamos cada uno con algo de experiencia que seguro sobrevalorábamos, en realidad casi empezábamos en el periodismo. Y lo hacíamos en un lugar raro para comenzar, una editorial que se desmoronaba. Todos esperaban huir, y nosotros entrábamos. Nos hicimos amigos de inmediato, con esa facilidad para la amistad que se tiene a los veintitantos, y que después, vaya a saber uno por qué, se pierde.

En los cinco años que estuvimos allí, vimos cómo las revistas iban cerrando, se recortaban los gastos, las cosas iban de mal en peor. Cuando entramos, la revista todavía se llamaba *Radiolandia 2000* y pretendía ser una especie de revista de interés general, pero de a poco se encaminó a una zona que hoy llamaríamos bizarra: no sólo escándalos sino notas inventadas, y la presencia constante de esa otra farándula, la esotérica; astrólogos y perseguidores de ovnis y miembros de órdenes secretas que, a pesar de habitar el mundo de lo oculto, hacían muy poco por ocultarse. Todo eso reapareció en *El otro lado*, como reaparecieron otras cosas de su vida. Polo nunca miró esas cursilerías y extrañezas varias desde una altura superior, sino con simpatía; cada uno hacía lo que podía para ganarse la vida y él no acostumbraba juzgar a los otros.

La mayoría de los programas se grabaron de día y, sin embargo, *El otro lado* nos ha dejado la idea de un programa absolutamente nocturno. La noche era omnipresente. El guionista de historietas escribía de noche, las historias se contaban desde la noche. No es lo mismo contar una historia de noche que de día. La noche aumenta la sensación de soledad del que oye y del que habla, y todo parece haber ocurrido mucho antes. La noche nos aleja de las cosas. Hay menos ruido y se puede hablar con calma. La idea de la máquina de escribir sonando en la noche era algo que lo atraía. Las computadoras ya se acercaban, provocando bajas en el campo de las *Olivetti* y de las *Remington*, y esa máquina nocturna que se oye en *El otro lado* es quizás la última que nos entregó la ficción. También eso era el programa: una elegía a las últimas máquinas de escribir.

Mi trabajo era una parte menor del programa –los textos en off– y era lo que se hacía al final, inclusive después de la musicalización; de manera que siempre fui conciente de los apurones con los que se terminaba todo. Por eso me cuesta encontrar en esa urgencia la idea de paciencia. Y sin embargo esa paciencia era fundamental. No es que cada uno tenga una historia que contar, como se suele decir. Lo que cada uno tiene es un punto de quiebre donde surge algo oculto, algo callado, algo profundamente verdadero; pero hay que esperar para que eso suceda, hay que dar vueltas, ensayar caminos indirectos, probar con el silencio. A veces ese secreto no

es algo que se dice, sino un contraste entre lo que se dice y la mirada o la sonrisa o un gesto involuntario. El secreto del programa era la compleja preparación de ese instante donde aparecía lo inesperado.

¿Pero tenía él a su vez un secreto? Si hubiera sido un entrevistado de sus programas, ¿en qué momento hubiera aparecido esa verdad, esa revelación que él buscaba en los otros? Cada uno de los que lo conoció tendrá para eso una respuesta distinta, que no cambia sólo de persona a persona, sino también de día en día. Nos contamos a un Polo distinto; el pasado no es algo terminado sino en permanente construcción, e intentamos hacer que responda a nuestras necesidades del presente. A veces pienso que los programas pueden ser leídos al revés; no es Polo el que pregunta, sino el que es interpelado por esa interminable lista de personajes que pasaron frente a las cámaras; son los otros los que buscan algo en él, una conclusión, una respuesta que se demora.

Hugo Montero e Ignacio Portela, los autores de esta biografía, nos cuentan la vida de Polo como si lo interrogaran a él mismo a través de sus familiares, amigos y colaboradores. En estas páginas se le dedica mucho espacio a las voces de los otros. He observado que a menudo los retratos biográficos de quienes murieron jóvenes toman la forma de un libro coral, como si la extensión de la vida del elegido no alcanzara, a causa de su brevedad e incompletud, una forma significativa, y el relato debiera recorrer otros caminos, sumar fragmentos, anécdotas: una imagen total formada de a pedacitos.

Los autores han trabajado con la misma paciencia y pasión –dos virtudes que rara vez van juntas– que ponían Polo y los miembros de su equipo: así han rastreado su vida familiar, su paso por el periodismo, el mundo de la amistad, tan importante para él, la relación con los entrevistados. Creo que el libro es una guía de sus programas, y una investigación sobre los modos de narrar que Polo y sus directores y productores elegían para contar una historia.

El interés de los jóvenes en sus programas no decrece, como lo prueba cada homenaje o cada ocasión en que se pasan en público; también se han realizado varios documentales, en general tan atentos a su obra como a su vida. Viviana Gallardo, que fue su esposa y madre de su hija Milena, se preocupó por conservar y difundir *El otro lado* y *El visitante*, para que ese interés sostenido no chocara con dificultades desalentadoras. Se le dedicaron números de revistas, se publicaron algunos textos de Polo y testimonios de colaboradores, pero faltaba reunir en un libro esos pedazos dispersos. Como la historia real estaba incompleta, comenzó a hablarse del “mito” de Polo (los cassettes que circulaban de mano en mano, el carácter a veces extraño de los mundos que abordaba, la muerte joven: todo colaboraba). Este libro une en su relato los fragmentos dispersos y así nos aparta de la leyenda, para devolver a Polo a su historia real y a su modo de entender el diálogo entre documental y creación.

Pablo De Santis
28 de mayo de 2005

Agradecimientos

Este libro nunca habría superado la barrera de proyecto de no ser por la colaboración de algunas personas. En primer lugar, Viviana Gallardo, quien gentilmente nos facilitó trabajar con su archivo fotográfico y de video y, después de numerosas conversaciones informales, accedió a una entrevista difícil de olvidar en febrero de 2005. También agradecemos a cada uno de los entrevistados, quienes, personalmente (en su mayoría) o bien por correo electrónico, aportaron testimonios únicos para reconstruir la historia de Polo, mezclando siempre la alegría de anécdotas compartidas con un dolor que, muchas veces, generaba interminables silencios, imposibles de trasladar al papel. En particular agradecemos a Aída Polosecki (la mamá de Polo, entrevistada en septiembre de 2003 y febrero de 2004) por la gentileza de ofrecernos las fotografías de Fabián cuando era chico, y también a Claudio Polosecki (hermano mayor, octubre de 2003); Claudio Beiza (camarógrafo, agosto de 2003); Pablo Reyero (investigador periodístico, octubre de 2003); Catalina Dlugi (jefa de redacción en la revista *Radiolandia*, octubre de 2003); Raúl Becerra (productor de 'Rebelde sin Pausa', junio de 2004), Pablo De Santis (guionista del programa, octubre de 2003); Marcelo Birmajer (investigador periodístico, diciembre de 2003); Agustín Salem (investigador periodístico, octubre de 2003); Irene Bais (coordinadora de producción, agosto de 2003); Esteban Pintos (periodista, febrero de 2004); Ignacio Garassino (productor, diciembre de 2003); Rubén Viñoles (productor ejecutivo, enero de 2004); Daniel Laszlo (realizador, octubre de 2003); Ariel Barlaro (investigador periodístico, octubre de 2003); Ricardo Ragendorfer (investigador periodístico, agosto de 2003); Martina Miravalles (compañera de militancia y ex pareja, septiembre de 2003); Carlos Polimeni (compañero en el diario *Sur*, agosto de 2001 y noviembre de 2004); Verónica Abdala (periodista de *Página/12*, septiembre de 2004); Pocho la Pantera (músico, noviembre de 2004); Tomás Abraham (filósofo, diciembre de 2004); Gustavo Alonso (documentalista, diciembre de 2004); Enrique Sdrech (compañero en *Radiolandia*, marzo de 2003); Diego Lublinsky (realizador, diciembre de 2004); Alejandro Chernov (productor ejecutivo, diciembre de 2004); José D'Amato (productor ejecutivo; diciembre de 2004); Eduardo Hernández (amigo del Tigre, febrero de 2005); Javier Diment (asistente de dirección, febrero de 2005); Rodrigo Fresán (escritor, febrero de 2005); Marcelo Panozzo (compañero en el diario *Sur*, abril de 2005); y Adrián Korol (amigo de la infancia, abril de 2005).

Por otro lado, colaboraron con este trabajo: Julio Rivero, quien nos facilitó mucho el traspaso de los programas de Polo a formato de video VHS; Diego Lanese, quien participó en una primera instancia del proyecto; Lautaro Ortíz, quien entrevistó a Enrique Sdrech; Walter Marini, que aportó datos y material importante, y toda la gente de la revista *Sudestada*, que funcionó como

base operativa de este trabajo. También agradecemos el interés de Gabriela Esquivada, quien nos dio una mano en la dura tarea de acercarnos a las editoriales.

Todos los textuales de este trabajo que no figuran con su cita correspondiente pertenecen a los testimonios brindados a los autores durante las entrevistas.

Todas las fotos son cortesía de Viviana Gallardo, excepto aquellas en que se menciona en el epígrafe otra procedencia.

Para consultas y comentarios, dirigirse a:
poloelbuscador@yahoo.com.ar.

A Malena y Elizabeth.

A Mariela, Libertad, Amanda y mis viejos.

Introducción

Durante algunos años trabajé de periodista. Un día, no sé cómo, todos los jefes de redacción se dieron cuenta al mismo tiempo de que podían arreglarse sin mí. Ahora escribo historietas absurdas sobre historias verdaderas. No me va mucho mejor, pero se conoce gente...





En cierta ocasión, el escritor Osvaldo Soriano reconoció entre sus deudas pendientes la de escribir una novela que sólo transcurriera de noche, en Buenos Aires. *“La idea es metaforizar eso: trabajar algo absolutamente nocturno. Esa trama me sacaría de encima numerosos problemas, ya que de noche el mundo se restringe mucho. La noche es de gatos, de putas, de travestis, de trabajos nocturnos. Tiene sus médicos, sus abogados. Es un mundo de novela policial. Difícilmente se puedan encontrar personajes convencionales”* ⁽¹⁾, explicaba Soriano sobre su proyecto, finalmente frustrado por la muerte.

Sin embargo, su idea quedó colgada del tiempo y fue retomada por otras manos, en otro formato. El periodista Fabián Polosecki, quizás sin proponérselo nunca, tomó la posta dejada por el escritor y se lanzó a escribir su propia novela nocturna. El resultado de su experimento fue la creación de una bellísima saga de historias subterráneas sobre gente común, que golpeó los televisores de muy pocos argentinos durante los noventa, década negra para la creatividad en la televisión argentina. Negra, tan negra como la textura inasible de esa noche que Soriano y Polosecki entendían como parte intransferible de su entorno, como escenario natural para sentarse (o caminar) y ensayar historias de la nada, de los suburbios, de la gente nocturna como ellos.

La aparición del programa de Polosecki a principios de los noventa representó algo más que una bocanada de aire fresco, fue la definitiva imposición de un estilo inédito en televisión, abordando una temática original y atractiva, acercándose a personajes que parecían hasta ese momento limitados casi con exclusividad a las páginas policiales de la prensa gráfica. La clave fue detenerse en aquellas historias que ya nadie se preocupaba por escuchar. Esa nueva mirada que se instaló a partir del impacto de *El otro lado* se basaba en la búsqueda de historias que estaban allí, casi ocultas en las calles de Buenos Aires, y de personajes que ya no aguardaban el arribo de descubridores de ningún tipo. En la perspectiva de Polo, un ciego alcanzaba la misma dimensión que una estrella de cumbia o un vendedor ambulante en los trenes. A partir de esa novedosa perspectiva, el programa de Polo se encargó de correr las luces y enfocar la mirada hacia esas miles de historias escondidas en las sombras de la vida diaria y

⁽¹⁾ Osvaldo Soriano, “Apuntes para una novela sobre Buenos Aires nocturna”, *Página/12*, 29/01/98.

protagonizadas por ladrones, por vecinos, por trabajadores –todos ellos actores de reparto para el entonces floreciente negocio de la televisión privatizada–. Y el mensaje se cruzaba en un universo televisivo donde burlarse de la gente era un recurso fácil y efectivo, donde el objetivo era ridiculizar al otro. Si los programas de mayor audiencia elegían para burlarse a los inmigrantes, a los viejos, a los personajes de la calle; el ciclo de Polo apostaba por todo lo contrario: escucharlos, respetarlos y cederles un espacio que nadie jamás pensó que merecieran. El resultado conmueve, aún hoy. Y el fenómeno apareció en el aire, como gigantesca paradoja, en la pantalla del símbolo máximo de la decadencia televisiva: el ATC de Gerardo Sofovich, en 1993.

La idea nunca fue romper, pero la llegada de ese mensaje novedoso no pasó inadvertido: mientras la tendencia marcaba que los periodistas intentaban ganar un protagonismo mayor que sus entrevistados, Polosecki ofrecía arduas entrevistas, en extensión y profundidad, donde su voz se perdía en el relato del otro, que atravesaba como un río la pantalla y resaltaba como nunca una verdad poética apenas reservada para pocos: lo extraordinario respira en lo cotidiano. Porque siempre era el otro el que verdaderamente tenía algo para contar.

Cuando la televisión parecía sólo campo fértil para famosos de efímera relevancia, *El otro lado* primero y *El visitante*, después, se encargaron de poner en primer plano a desconocidos, a marginales, a gente *de a pie*.

Justo en momentos en que la calidad de un producto televisivo parecía incapaz de alcanzar un mínimo nivel de exigencia artística, de esfuerzo creativo; el proyecto de Polo creció con los meses hasta alcanzar producciones donde se conjugaban la belleza de las imágenes con la riqueza y el cuidado de los textos, ejecutando secuencias antológicas que aún perduran en la memoria de muchos (y pocos a la vez) que iban topándose casi al azar con el programa.

Es verdad que hoy la realidad de Polosecki se mezcla demasiado con la leyenda que fueron construyendo muchos (pocos) de sus seguidores. Es posible que la dificultad para conseguir las cintas de sus programas alimente la fantasía y rodee todo de una especie de halo misterioso. Quizás también haya que reconocer que la decisión de terminar con su vida lo haya separado un poco del rigor periodístico a la hora de escribir cualquier reseña sobre su corta vida y su valiosa obra. Pero lo indudable, luego de observar la lamentable sequía de ideas que sigue imperando en los medios de comunicación, es la riqueza de esa mirada revolucionaria que agrietó las paredes de la televisión y permitió que entrara un poco de luz, que empezó a mostrar otra forma de reflejar la realidad y que terminó por motivar a muchísimos a intentar adoptar ese mensaje, a transformarlo y a reproducirlo.

Esta investigación, que atraviesa los hechos que marcaron su vida y su trabajo, no es otra cosa que una mirada subjetiva, cargada de matices y sensaciones personales, que crecieron a la par de ese ciclo televisivo que nos cautivó tiempo atrás y que no puede quedar en el olvido. No hay aquí pretensiones biográficas “definitivas”, como suele decirse, ni mucho menos

agudos enfoques ensayísticos sobre su obra. Lo que dominó a esta investigación desde un principio es la necesidad de saldar una vieja cuenta con un pibe llamado Fabián Polosecki, a quien le debemos como periodistas algo más que este proyecto. De allí la decisión de comenzar a desandar el camino de una vida breve, pero intensa. De allí el impulso para aprender a buscar, para seguir los pasos de un periodista que hoy, a escasos años de su muerte, se encuentra amenazado por el olvido más absoluto. Aunque parezca absurdo, las cintas de *El otro lado* y *El visitante* (alrededor de ochenta programas), grabadas en un tipo de video con una vida útil limitada, no encuentran voluntarios para pasar todo el material a formato digital por un costo mínimo. “*En nuestro país, ser moderno es olvidar pronto*”, dijo alguna vez el poeta Jorge Boccanera. Y los hechos parecen darle la razón.

Hoy, el nombre de Polosecki se confunde con una sombra que él jamás se ocupó de alimentar, más allá de los rasgos oscuros de su personaje televisivo. Entrevistar durante horas a amigos, familiares y compañeros de trabajo nos permitió descubrir en Polo una personalidad luminosa, plena de alegría y rebosante de proyectos, lejos del perfil que se fue armando en los medios desde la ignorancia de una pereza mental casi teatral, de aquellos que necesitan que todas las piezas encajen para que el final de la historia tenga sentido.

Pero las piezas no encajan, es así. Y el final de esta historia no tiene sentido.

Su amigo Marcelo Birmajer asegura que su muerte es un misterio, y que hay cosas que hay que aceptar que son un misterio. “*Buscar respuestas fáciles es una falta de respeto para él y para nosotros mismos*”, señala Birmajer. No se trata entonces de indagar en el pasado para rastrear claves para su suicidio. De ningún modo. Tampoco de construir una historia a partir de una mirada necrológica, que sólo se detenga en el morbo y se preocupe por los detalles de aquel último impulso que lo llevó a arrojarse debajo de un tren el 3 de diciembre de 1996. Los méritos de Polo son demasiados como para poner el acento en su final trágico, y su trabajo es un universo pleno de luz y de creatividad. Hacia allí elegimos dirigir nuestra mirada.

Después de tantas pequeñas historias que a partir del talento de Polo pudimos conocer, bien vale intentar acercarse un poco a su propia historia. Y en ese intento nos embarcamos desde estas páginas. Porque sentimos también desde el comienzo la necesidad de transmitir esa propuesta, de combatir contra el olvido, de valorar tanto esfuerzo y hasta de defender una forma de crear tan particular en un país que no celebra a los brillantes, sino que los aísla, los desgasta y los condena al silencio. Los que sobreviven (y más en un mundo como el televisivo), son esos trepadores sin ideas que copian como si nadie tuviera memoria, y que tienen todo de su lado. Por eso nos ocupamos de rescatar a uno de los nuestros.

Su trabajo fue algo nuevo, tan simple y tan extraordinario como eso.

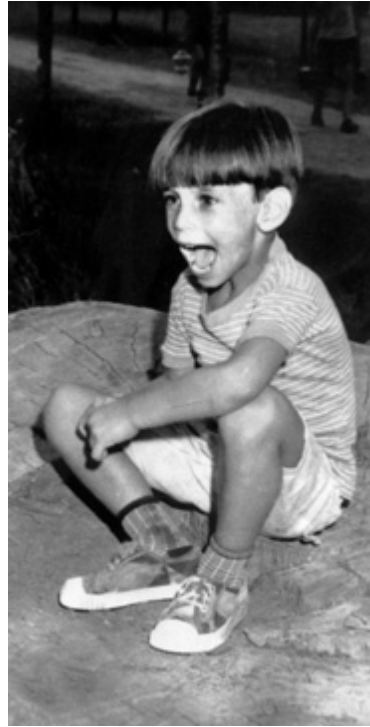
La noche, metafórica y literalmente, fue su entorno natural. Sus criaturas permanecen todavía allí, como esperando otra vez aquella breve oportunidad de contar sus historias ante oídos atentos, respetuosos,

nocturnos. Esa presencia afectuosa que se percibía en cada entrevista donde lo que en definitiva existía era la necesidad de sentarse horas y horas con la gente para escuchar, por fin, una buena historia.

1. Polito

De todos los lugares posibles para volver, la infancia es el más difícil. Es un país que al salir, ya no se sabe muy bien dónde queda. La infancia es una estrategia de los grandes para tener un pasado que los justifique, un plan para fabricar recuerdos que puedan acompañarlos

Polo en off, durante el programa “La república de los niños”, *El otro lado*, 1994.





Miraba y la curiosidad le desbordaba los ojos. Clavados, imperturbables, fijos los ojos en esas figuras que se dibujaban desde la vereda de enfrente. Miraba a esas mujeres que conversaban a viva voz, esos colores plenos de sol, esas polleras al viento. Miraba Fabián, chiquito, ocho años, los ojos fijos, rasgados, incandescentes, en aquellas mujeres. La manito que suelta la de mamá Aída. La voz suave, casi un susurro, de Fabián preguntando sin rubores por aquellas mujeres tan extrañas a sus ojos felinos, inquisidores. Preguntó, como preguntaba siempre. “*Son gitanas*”, le explicó entonces mamá Aída, también en voz baja, buscando la mano perdida de Fabián, queriendo retomar la marcha. Pero a Fabián no le alcanzaba con ese par de palabras, su curiosidad quería más. Las cejas fruncidas, los colores de esas polleras, esas mujeres empapando sus retinas, dos ojos felinos ardiendo en la tarde de La Paternal.

Un día después, los ojos de Fabián ya no alcanzaron. Esta vez se acercó a mamá Aída, pero ya sin preguntas sobre aquellas mujeres con las que se cruzaba a diario por las mismas veredas. Esta vez la voz de Fabián traía respuestas, ahora le contaba a mamá Aída que las gitanas que usaban un pañuelo en la cabeza estaban casadas, que tenían una ley gitana que se llamaba Kris, que vivían ahí nomás, a la vuelta de su casa, desde hacía un par de años, y un montón de datos más, datos frescos, recién conversados con las gitanas. Ahora la que miraba azorada era mamá Aída, sorprendida por la curiosidad de su hijo, por la decisión que lo llevó a conversar con sus vecinas, sin vergüenza, sin temores, como un grande ⁽¹⁾.

Esa curiosidad empujaba a Fabián, le desbordaba los ojos, lo ponía inquieto, imprevisible. Siempre buscando, siempre mirando todo de un trago. Esa mirada chiquita, felina, interminable.

Ocho años antes de la anécdota relatada, más precisamente el 31 de julio de 1964, llegaba al mundo un chico de nombre Gustavo Fabián, tercer hijo varón de una típica familia judía de clase media compuesta por Aída Prizant y Josué Polosecki.

Ese recién llegado es el protagonista de esta historia.

Una extraña cadena de acontecimientos provocó que los Polosecki terminaran en los años sesenta alquilando un departamento en la avenida Congreso del barrio de Belgrano, a una cuadra de las vías. Es que la historia de los Polosecki comienza muy lejos de Buenos Aires, del otro lado del

⁽¹⁾ La anécdota fue relatada por Aída Polosecki en una de las entrevistas con los autores.

mundo, en la Varsovia de principios de siglo, y tiene a Marcos Polosecki como el emprendedor de la familia que decide hacerle caso a los rumores de bonanza y grandes oportunidades que llegaban desde el otro extremo del océano. No importaba demasiado dónde atracara el carguero que llevaba a Marcos y a otra multitud de polacos rumbo a la esperanza de un futuro venturoso, apenas empujados por la brisa de un mar calmo y el murmullo del nombre de América en los labios de cientos que, como él, soñaban marcharse para siempre. Ya en 1936, Varsovia hacía oídos sordos a los signos de la masacre que llegaría tres años más tarde. Si bien el tardío crecimiento económico por fin parecía sostenerse luego de casi dos décadas del mariscal Pilsudski en el poder, en la cotidiana superficie supuestamente venturosa se respiraban olores extraños. El antisemitismo se expandía como peste y los sanguinarios *pogroms* dejaban su lugar de matanzas aisladas en los libros de historia para surgir cada vez con mayor asiduidad entre la población. Polonia se iba tiñendo con los colores de la muerte y la persecución, y de ese clima decidió alejarse Marcos, dejando en su tierra a su mujer y sus tres hijos, que quedaron a la espera de noticias frescas de su padre, recién llegado a un desconocido rincón austral del nuevo continente llamado Argentina.

En la promisoría Buenos Aires de los años treinta desembarcó Marcos, primero solo, hasta que consiguió dónde desempeñar su oficio de gráfico. Una vez instalado y con trabajo, hizo la famosa “llamada” (multiplicada por mil entre tantas familias de inmigrantes divididas por un océano), y su familia respondió embarcándose rumbo a este destino sudamericano. El más pequeño de los tres Polosecki que viajaban en el barco se llamaba Josué, y su entusiasmo ante los desafíos que se avecinaban no entraba en la nave que, con las horas, se alejaba cada vez más de tierra polaca. También fue Josué el más sorprendido ante las noticias que llegaban desde la lejana Polonia, el que miraba en silencio la desesperación y la tristeza de sus padres ante las últimas y trágicas novedades. Un par de años después del arribo de los Polosecki, Polonia era arrasada por la invasión alemana, con parte de su población exterminada y miles de familias separadas por la guerra. Para los Polosecki, Polonia ya era un recuerdo archivado en el pasado más doloroso y Buenos Aires era la tierra de las oportunidades. Había que seguir para adelante.

Marcos comenzó primero como obrero gráfico y, con el tiempo, consiguió levantar un pequeño emprendimiento propio, donde los jóvenes hermanos Josué y David se integraron apenas tuvieron edad para hacerlo: una pequeña encuadernadora editorial. Pero resultó que ese embrionario proyecto comenzó a crecer con los años; y ya algunas décadas más tarde, la empresita de los Polosecki (ya sin David, que viajó a Israel) llegó a contar con más de sesenta empleados y muchísimo trabajo. Editoriales de peso como *Losada*, *Sudamericana* y el *Centro Editor de América Latina* encargaron ediciones de lujo y de tapa dura a la encuadernadora de los Polosecki.

Desde su llegada a Argentina, Josué (más conocido como “Polo” por sus amigos y vecinos) alternaba la labor diaria en el taller con su militancia

poco orgánica en el Partido Comunista, simpatía que le valió visitas a la cárcel en más de una oportunidad durante gobiernos militares y democráticos. De todas maneras, siempre se encargó de mostrar un impulso que lo hizo defender sus ideas hasta en los peores momentos. Era un colaborador confiable en el centro cultural juvenil de Villa Ortúzar, que pertenecía a la Federación Cultural de Entidades Judías (ICUF), representante del ala progresista de una muy dividida colectividad. En una de las tantas actividades sociales organizadas en el centro cultural fue que conoció a la que luego sería su mujer, Aída Prizant.

La historia de Aída no era tan diferente a la de Josué: su padre, Víctor Prizant, tendero de profesión, también había llegado con su mujer a Buenos Aires desde Polonia, aunque unos años antes: a principios de 1930. Aída nació en tierra argentina y ya a los diez años integraba la sección niños de la Junta Juvenil por la Libertad, y recorría las calles céntricas con una alcancía, juntando fondos para las víctimas de la guerra en Stalingrado. La militancia era también para Aída el único camino posible para expresar sus ideas y llevarlas a la práctica.

Poco tiempo después de conocerse, mientras el siglo parecía partirse a la mitad a sangre y fuego, nació Gabriel, el primer hijo de la joven pareja. Apenas un par de años más tarde, fue el turno de Claudio. Mientras tanto, el impulso a la industria nacional en aquel tiempo permitió a la encuadernadora de Josué despegar y comenzar a afianzarse en el mercado de la gráfica.

Y cuando nadie lo esperaba, más de una década después del último hijo, llegó a la casa el pequeño Gustavo Fabián. “*Ése vino de regalo*”, recuerda Aída ahora, tanto tiempo después. El inesperado nacimiento del último de los Polosecki modificó los planes y apuró los tiempos: con el pequeño de cuatro años, toda la familia abandonó la casa de Belgrano para radicarse no muy lejos de allí, en La Paternal. Fragata Sarmiento 2140 fue la dirección precisa donde terminó la familia, que se mudó porque el departamento ya quedaba chico con tantos Polosecki corriendo por ahí, y porque existía la oportunidad de edificar en la planta alta del taller gráfico, con la idea de contar con mayores comodidades. El resultado de tres años de trabajo construyendo el piso de arriba fue una luminosa casona ideal para el negocio de Josué, quien siguió refaccionando cada tanto su taller gráfico en la planta baja. Desde entonces, un piso más arriba vivían los Polosecki, en un hogar invadido por dos elementos que marcarían la vida de los chicos: las plantas y los libros. Cualquiera que haya pasado al menos una vez por aquella casona, menciona de forma ineludible la imagen de la luz del sol entrando por las ventanas del living “de 8,66 por 5 metros”, recuerda hasta el día de hoy de memoria Aída; el verde de una enredadera gigante ocupando las paredes del patio tipo español y los cientos de esos libros difíciles de conseguir en librerías (Josué trabajaba también con editoriales de México y España) atiborrando las bibliotecas de la casa.

La rutina habitual para Aída en aquellas mañanas era regar la vegetación que crecía en los pasillos y darle de comer a la fauna de la casa: “Nes”, su

perra boxer, y la tortuga de los chicos, bautizada “Fangio”, mientras esperaba que su tropa infantil abandonara la cama y se preparara para no llegar tarde al colegio.

En ese ambiente pasó su infancia Gustavo Fabián, acompañado por sus dos hermanos mayores, Gabriel y Claudio, quienes le llevaban trece y once años, respectivamente. En esa casa también el más pequeño de la familia terminaría por perder, para siempre, su primer nombre cuando pasó a llamarse, simplemente, Fabián: *“La culpa la tuvo la muchacha que trabajaba en casa, que se volvía loca por los cantantes de moda de ese entonces. Esta chica estaba enamorada de Néstor Fabián, que era el novio de Violeta Rivas y estaba de moda por El Club del Clan. Entonces, para ella, el nene no era Gustavo, sino Fabián. Y nos fue pegando el nombre”* ⁽²⁾, explicaría luego Aída. De todas maneras, lo cierto es que en la familia los nombres no duraban demasiado y tendían a desvanecerse detrás de las variaciones del apodo que acompañaba siempre a cada uno de ellos: “Polo”. Así, Gabriel adquirió el sobrenombre de “Poli” y Claudio el de “Polito”. Para cuando Fabián irrumpió en la casa, ya no había apodos disponibles, aunque entre sus amigos comenzaría a ser conocido con el tiempo como Polito o Polo, según la ocasión.

“Fabián fue uno de esos hijos que nadie espera, porque era el menor de tres hermanos varones. Y nosotros nos criamos en un ambiente muy vinculado, sobre todo, a la lectura, a la política; la nuestra era una familia de comunistas, todos fuimos criados en la ideología y la cultura comunista. Y después, con el tiempo, uno se vuelve más crítico y va... pero ese era el ambiente –explica Claudio–. Entre nosotros, y pese la diferencia de edad, teníamos una muy buena relación. Ya de más grande, Fabián para mí era una especie de hermano-hijo, venía mucho a casa. Cuando se le armaba algún quilombo y andaba medio suelto en la vida, entonces su lugar de referencia era mi casa. Mi hijo menor también tiene diez años menos que el mayor y yo siempre le digo que tiene que aprovechar esa relación, porque esa cosa de poder tener un hermano mayor es algo extraordinario. Le digo que no se lo pierda, que lo aproveche”.

De esta manera, de improviso, carente de primer nombre y usurpando apodos, fue que Fabián se hizo un lugar en la familia desde el principio.

Un vagoneta de entrecasa

El universo cotidiano de Fabián estaba signado por la convivencia en una casa muy politizada, repleta de libros de literatura y de discos de Joan Manuel Serrat, Mercedes Sosa y Quilapayún. Al mismo tiempo, la relación con sus dos hermanos mayores formaría parte del alimento que utilizaría para crecer como un grande más. Así a los cuatro años, Fabián ya le rezongaba a su madre porque estaba cansado de que los demás le leyeran. Su hermano Claudio era el encargado de leerle al más chico de la familia, pero Fabián quería aprender a leer solo. Comenta Aída: *“En cada uno de los dormitorios*

⁽²⁾ Carlos Polimeni, “El otro lado de Polo”, *Página/12*, 17/06/01.

de los chicos había una biblioteca; en el nuestro, otra también, y todo accesible para ellos, todo para que vayan, usen, toquen. Eso era una cosa normal, así se formaron los tres y eso despertó muchas inquietudes en Fabián”. De hecho, hasta los vecinos de La Paternal ligaban de vez en cuando algún ejemplar de los libros que se editaban en el tallercito de los Polosecki, a partir de la generosidad de Josué.

Ya de grande, el propio Fabián recordaba la presencia constante en su casa de libros e historietas “*porque mi viejo y mi hermano las compraban a patadas*”. Abrir las páginas de aquellas historietas fascinantes era para el pequeño Fabián una experiencia única, y por sus ojos enormes pasaban villanos, héroes y personajes de todo tipo: “*Empecé leyendo mucho Skorpio. Obviamente, tenía una fascinación por Hugo Pratt, El Eternauta y todo eso. Pero ahora, por ejemplo, estoy leyendo Flushman, que me encanta: el hombre gordo que atrae las cosas es increíble, me parece desopilante. Yo tenía una especie de... no prejuicio, pero no había leído tanto ese tipo de historieta de superhéroes. Y ahora me di cuenta de que son bárbaros los guiones. Son más irónicos o más sádicos, no son ingenuos. Tienen quizás miedo a su ingenuidad. No sé, en realidad cuando era chico el que veía a Batman con ingenuidad era yo. Pero no es que me gusten los superhéroes porque desarrollan la aventura de un hombre con superpoderes. Me parece que ahora hay en su personalidad elementos que no estaban. Me hacen acordar un poco a los dioses del Olimpo, que se peleaban, que eran bastante jodidos, que no siempre hacían el bien. Ahí es donde se pone interesante la historieta de superhéroes. Si es nada más que el bueno que es siempre bueno, se torna predecible, un poco fascista incluso*”⁽³⁾, comentaría ya de grande sobre su afición a los cómics, aunque todavía interesado en aquellas pequeñas historias tan a la medida de algunos chicos preocupados por descubrir nuevos horizontes con la mirada.

Pero entonces Fabián sólo tenía ocho años y un mundo nuevo y distinto se abría ante sus ojos, de a poco iba descubriendo que no todos los chicos de su edad contaban con el privilegio de tener una habitación para ellos solos, o la posibilidad de preocuparse sólo por ir al colegio. “*Una vez, por ejemplo, un compañero de banco, César, lo invita a su casa para tomar la leche. Y le llamó la atención que este chico viviera en un inquilinato, donde en una misma habitación dormían los padres y los hermanos, y tenían la cocina en el fondo. Tenía siete años y ya empezaba a entender que había gente que vivía de otra manera, que tenía otra situación económica, que no todos los papás tenían una empresa, una fábrica*”, recuerda Aída sobre ese momento en que Fabián comenzaba a asomarse a una realidad bastante distinta a la suya.

Observador, extrovertido, audaz, nada vergonzoso, siempre con una sonrisa dibujada en el rostro, quería imitar a sus hermanos y era el obligado lastre que los seguía a todos lados. Siempre atento a los comentarios de política tan habituales en la mesa familiar en tiempos de guerra fría y

⁽³⁾ Roberto Barreiro, “De un Polo a otro”, *Liga de la Justicia Europa*, septiembre de 1994.

dictadura militar, con sus hermanos como guías y confidentes, Fabián fue absorbiendo todas las enseñanzas que suelen aprenderse en la calle, pero en su casa. “*Vení, que yo te voy a avivar*”, le dijo a uno de sus hermanos una vez que le pareció escuchar un comentario sobre sexo en medio de una conversación de grandes. Cuando su presencia llegaba a resultar agobiante para sus hermanos, el pequeño Fabián bajaba las escaleras y se perdía entre el ruido infernal de las máquinas del taller, jugando con su perra, charlando con los obreros, ametrallándolos a preguntas, repleto de curiosidad.

Cuando la tarde se asomaba en la ventana, Fabián buscaba sin dificultad nuevos amigos en el barrio, un mundo de veredas angostas, decoradas por negocios de todo tipo, repletas de vecinos de todos los orígenes y colores: “*De chico era un vagoneta, con una gran facilidad para hablar con la gente. Era amigo del vecino de al lado, del gallego, del ruso, de las gitanas de la vuelta, del almacenero*”, explica Aída. Y las calles de La Paternal eran el territorio perfecto para las aventuras con sus amigos de entonces: el Chino, el Polaco y los Mellizos. De su breve estadía en Belgrano, muy cercana al estadio Monumental, Fabián se llevaría en sus valijas la simpatía por River, aunque él mismo reconoció en más de una ocasión sus limitaciones a la hora de jugar al fútbol.

“A Polo lo conocí el primer día de primer grado, en 1971, y fue mi primer compañero de banco –recuerda Adrián Korol, hoy humorista televisivo, al igual que sus hermanos–. Lo recuerdo como un líder en el grado, y tenía dos cosas a favor para eso: primero, era el hermano menor en su familia. El tener hermanos mayores siempre te permite avivarte antes. Y también era el más grande del grado, porque cumplía años en julio. Él ya sabía cosas que el resto todavía no sabíamos. Era un referente importante también para mis hermanos. Nosotros creíamos en los reyes magos y fue Polo el que nos dijo que eran los padres. Mi primera discusión con Polo fue por ese tema, en primer grado, y yo ya sospechaba ciertamente del tema de los reyes porque pedí una guitarra eléctrica en casa y no me la trajeron. No me interesa idealizarlo, pero los recuerdos que tengo de él eran los de un referente ya en primer grado. No ahora, para los homenajes, era un referente ya de pibe. Fue el primero que nos enseñó las malas palabras. Después cuando mis hermanos y yo puteábamos en casa, mis viejos nos retaban y se enojaban y nos preguntaban quién nos había enseñado eso: era Polo”.

La amistad con los hermanos Korol era parte del universo de personas que Polo conoció en sus primeros años. Los juegos, las aventuras, los descubrimientos eran los acontecimientos que marcaron esos tiempos, inolvidables para la memoria de Korol, quien aún hoy sigue mencionando a Polo como una referencia: “*Me acuerdo de su casa, un color ladrillo muy presente, tenía una terraza patio, tenía al papá trabajando abajo y a la mamá siempre presente. Una casa muy de barrio, espaciosa, luminosa, esos pisos de cerámica. Y después la encuadernadora, la gente laburando, esos ruidos, la perra que dormía por ahí. Y al lado había como un garage donde nosotros nos metíamos a jugar. Fue la primera casa de un amigo en*

la que yo me quedé a dormir. Abajo, en la encuadernadora, jugábamos guerras con esos rollos de cartón gigantes en los que venía envuelto el papel de encuadernar y nos cagábamos a palos con Polo”.

Otro lugar propicio para cosechar buenos amigos fue la colonia de vacaciones Zumerland, en Mercedes, el lugar que elegían muchas familias judías progresistas para enviar a sus chicos durante una veintena de días en verano. Allí, donde Fabián acudió desde los 5 años y hasta que empezó el secundario, conoció a muchos de los amigos con los que después volvería a cruzarse en la militancia y en el trabajo periodístico. “Esa colonia le dio todo un nivel de libertad de pensamiento, con una propuesta educativa excelente”, recuerda su madre. Zumerland impulsaba actividades recreativas donde, desde un perfil que ponía el eje en los derechos humanos y en la convivencia con la naturaleza, los chicos eran incentivados para acercarse más hacia la investigación, y era común el contacto con la realidad de las chacras vecinas, muchas veces a través de charlas con los campesinos del lugar. En más de una ocasión, era Fabián el más rezagado del grupo por quedarse conversando más de la cuenta con la gente del lugar, interesado en sus problemas.

De todas formas, si hubo un lugar que cautivó a Fabián en aquellos primeros años, fue el Tigre. Allí viajaban los Polosecki los fines de semana, como tantas otras familias porteñas, para descansar del trabajo y de los malos aires del centro. La familia era socia del club de remo *Nahuel*, al que concurrían desde que Fabián tenía dos meses de vida. Cuando el más chico llegó a los diez años, Josué y Aída cumplieron su sueño de tener una casita en el delta, comprando un terreno con otros socios del club. Allí Fabián se sentía libre, perdido en un mundo de selvas y ríos, de animales salvajes y fantasías interminables que atravesaba a las corridas, solo o con sus hermanos. El Tigre era un lugar mágico para él, que remaba y nadaba cada vez mejor; un escenario perfecto para saciar toda su sed de aventuras. Allí, Fabián era amigo del viento y de los árboles más altos, un especialista en los susurros de los pájaros y en las picaduras de los mosquitos. Los días de la semana parecían pasar más despacio para el más pequeño de la casa, hasta que llegaba el sábado y la historia cambiaba. Perdido en la geografía del delta, borraba todos los límites, y de allí nunca quería volverse.

De regreso a su casa de La Paternal, una tarde de sábado recibió de su hermano Claudio una propuesta que encendió otra vez esa mirada tan particular. “¿Te querés venir conmigo al diario?”, lo interrogó Claudio, y en un segundo Fabián ya estaba preparado para conocer un lugar que nunca podría olvidar. Así, algunos sábados Fabián acompañaba a su hermano cuando le tocaba la guardia en su trabajo como redactor de gremiales del diario *Clarín*. En medio de esa calma que suele imponerse en las redacciones los fines de semana, ese chico de diez años era un elemento extraño que aprovechaba para sentarse ante una máquina de escribir y golpear con fuerza y con dos dedos las teclas de una *Olivetti*, intentando imitar todos los gestos de su hermano periodista. Pero cuando se aburría de aquella tarea fascinante, no había quien pudiera detenerlo en sus corridas

por los pasillos de la redacción. El propio ilustrador Hermenegildo Sábat le regalaba a veces algunos dibujos a ese pibe inquieto y observador que rompía con gritos y golpes la gris monotonía del diario en esas tardes sin demasiado relieve. Para Fabián, su paso por la redacción del diario de mayor tirada del país no pasó inadvertida. El sonido de las máquinas de escribir y los télex, los papeles desparramados en el piso, la cara de sueño de los redactores, todo era nuevo para él, y todo aquello contribuyó también a prender la mecha de lo que años después se convertiría en la forma de ganarse la vida: el periodismo.

La realidad en la ventana

De todas formas, Claudio no iba a permanecer demasiado en las oficinas de *Clarín*. Por entonces, años difíciles de una dictadura militar en pleno despliegue asesino, la cruda realidad se iba a meter por la ventana de los Polosecki. A Claudio lo echaron de *Clarín* después del golpe de Estado y, poco tiempo después, un primo de Fabián de apenas 16 años fue secuestrado y asesinado. Las sombras se estrechaban en torno al futuro de la familia. El miedo comenzaba a jugar su batalla en aquel refugio de plantas, libros y varones que Aída y Josué se habían ocupado de construir.

La madre de Fabián recuerda siempre aquellos tiempos tensos, cuando las calles de Buenos Aires habían sido ganadas por un silencio de muerte e impunidad: *“En ese momento a Fabián no le contamos nada, porque teníamos miedo de hablar y que pudiera transmitir algo en la calle. Había que cuidarse con todas las cosas que pasaban. Entonces lo mandamos con unos amigos que teníamos en Tucumán, donde había un chico de su edad y se fue como de vacaciones. Unos días, hasta que se tranquilizara un poco la situación familiar”*. Pero Fabián ya no era más un chico, y la situación general tampoco le era tan ajena, por más esfuerzo familiar que se hiciera para disimular. Más de una vez, Claudio caía preso por participar de manifestaciones callejeras, y para el más chico, la experiencia de visitar a su hermano preso en Devoto era de un impacto absoluto.

Polo atravesó el colegio primario sin problemas y con buenas notas, pero ya en el secundario otra fue la historia. *“Fabián fue un muy mal alumno”*, reconoce Claudio, espectador en ese entonces de los malos tragos que les hacía pasar su hermano a sus padres con malas notas y sanciones disciplinarias frecuentes. Desde 1978, Fabián peregrinó por cuatro colegios como consecuencia del exceso de amonestaciones que le generaba su actitud rebelde, que poca gracia les hacía a sus profesores. La primera en la lista fue la escuela técnica Ingeniero Luis A. Huergo, donde había concurrido por exigencia de su padre para que, en un futuro, pudiera hacerse cargo de la empresa familiar que tan buenos dividendos dejaba por ese tiempo. Sin embargo, la vida rígida y aburrida del industrial no era para Fabián, y mucho tiempo le costó arrancarse el rencor acumulado contra la profesora de dibujo técnico que lo hizo expulsar en segundo año, solamente por sostenerle la mirada en medio de la clase. *“La secundaria no le gustaba, andaba mal, tenía más exámenes para rendir que no sé qué... Lo que le*

gustó fue una materia práctica, me acuerdo que con una madera me hizo una maza para aplastar las milanesas, y él estaba contento con eso. Aunque lo de él no era el industrial. Ahí hubo bronca con el papá. Lo defraudó, de alguna manera. Pero mala suerte”, señala Aída. No fue nada fácil para Josué aceptar que Fabián renunciara a seguir sus pasos en el negocio, aunque después la posta la tomaría el mayor, Gabriel, quien se recibió de ingeniero y se hizo cargo del taller gráfico.

“Tenga cuidado con lo que escribe su hijo”, le advirtió a Aída la directora de uno de esos colegios por los que transitaba Polo, cuando ya se encargaba de sacar un periódico escolar y de participar en el centro de estudiantes. La última escala por el secundario fue su paso por un colegio nocturno que terminó de consolidar una nueva geografía para Fabián. Rodeado de compañeros más grandes en edad y experiencias, cada vez más libre, cada vez más ausente de la casa paterna, mientras afuera, en las calles, la oscuridad de la dictadura seguía invadiendo cada pequeño resquicio de luz. Así, el propio Polo conoció las comisarías desde adentro y comenzó a frecuentar la noche de una Buenos Aires agobiada de represión y silencios, que educaba a todos sus moradores en la consigna de callar para sobrevivir, no mirar para poder dormir, y mentir para no tener que dar incómodas explicaciones.

Cambiar el mundo

Con la expulsión del industrial comenzaría para Polo el tránsito por varios secundarios porteños y se iniciaría también su participación en la militancia estudiantil, otra herencia familiar que pasaba de generación a generación entre los Polosecki. Ya en segundo año, Fabián era un activo dirigente de la Federación Juvenil Comunista, perteneciente al Partido Comunista. Escribió sus primeras notas en el periódico partidario *Propuesta* y, por ese entonces, también conoció a varios de sus futuros compañeros de trabajo en *El otro lado*. A partir de una sólida formación marxista y de su natural carisma, Polo iría adquiriendo cada vez mayor peso dentro de la rama juvenil del Partido, y llegaría a ser un conocido referente estudiantil en la ciudad de Buenos Aires. La militancia sería un eslabón clave en la conformación de la personalidad de Polo, y esa experiencia de trabajo político cotidiano estaría presente en cada uno de sus esfuerzos creativos posteriores.

Si bien algunos años después Polo se alejó de la militancia orgánica con numerosas críticas a los métodos utilizados por el PC, nunca se arrepintió de aquel vínculo de su pasado, que en determinado momento representó toda su vida social. *“¿Querías hacer la revolución?”*, le preguntaron en una revista en 1994, cuando recién se escuchaban los primeros rebotes de su original programa televisivo. *“Sí”*, respondió entonces. *“¿Fue algo adolescente?”*, repreguntó entonces el entrevistador. Y la respuesta de Polo define toda una visión política sobre esa etapa, marcada por la esperanza de una lucha que consumía todo su tiempo, y a la vez por una metodología que lo haría sentirse cada vez más defraudado, años más adelante: *“No. Hay que separar. No creo que la acción política sea una cuestión de la*

adolescencia. En todo caso, en ese momento diferencié cierto espíritu de la militancia trasladado a otros campos. Parecía que lo único importante era convencer, convencer y convencer. Hay algunos que emplean el 90 por ciento de su tiempo en eso y les queda muy poco tiempo para aprender y conocer. En lo personal creo que se arma cierta retroalimentación en la militancia, pero yo la viví de muy adolescente. Hay personas, de la generación anterior, que lo vivieron hasta una edad más avanzada, tomando decisiones más drásticas respecto de sus vidas y las de los demás. La militancia política, en mi caso, fue algo que llenó mi vida, que me dio retribución afectiva, elogio y tener la libido puesta en eso. Hay una gran promesa en tu actividad que es cambiar el mundo. No es pequeña cosa, me parece que es un momento en el que no es tan importante escuchar sino que todo lo que ves, lo tamizás con lo que es tu concepción del mundo. Tenés unas orejas que te impiden ver cosas. Pero también rescato esa época, que es una etapa formativa de mi vida muy importante”⁽⁴⁾.

Si bien Polo nunca terminó de desligarse completamente de los lazos afectivos que lo vincularon al Partido, tanto él como muchos de su generación fueron abandonado la militancia orgánica de disímiles maneras: defraudados por los comportamientos personales en el interior de la vida partidaria, o bien criticando desde un lugar de mayor nivel político, marcando deficiencias de peso en una mirada ideológica que parecía no escuchar, sino tan sólo preocuparse por imponer su punto de vista. “Pienso mucho en esa época, los problemas eran la confianza ciega en un discurso y el querer convencer a los otros. Esa idea de decirle a la gente lo que tiene que pensar del mundo es una locura. Por suerte me curé de determinado tipo de fe y de andar juzgando y calificando a los demás. Ahora trato de entender”⁽⁵⁾, reconoció Polo en octubre de 1994.

Corrían tiempos de cambios acelerados para Fabián, la dictadura se deshinchaba y la democracia se asomaba a la vuelta de la esquina. La participación en manifestaciones políticas en contra de la Junta Militar se hacía cada vez más frecuente entre la militancia joven, como así también la certeza de comenzar a caminar un sendero que dejara definitivamente atrás los años negros de persecución y muerte que habían impuesto los militares.

“Conocí a Polo en una manifestación política durante la última etapa de la dictadura, en los ochenta –recuerda Rubén Viñoles, uno de los amigos de la juventud, que con el tiempo formaría parte del equipo de trabajo de *El otro lado*–. Fue una circunstancia algo extraña: la marcha, en realidad, había terminado y yo había salido a la calle con una cámara, porque estudiaba cine y me interesaba registrar ese momento. Una parte de los manifestantes terminamos en un bar porteño hasta altas horas de la noche, con todo ese clima de fervor político que iba creciendo, y recuerdo haber grabado a Polo parado arriba de una de las mesas del bar, cantando y

⁽⁴⁾ Carlos Rodríguez Arias, “El otro Polo”, *Última década*, octubre/ noviembre de 1994.

⁽⁵⁾ Victoria Arderius, “Del otro lado del Polo”, *Clarín*, 29/10/94.

gritando en cuero, revoleando la remera junto con unos amigos. Unos días después, en una reunión de juventudes políticas, me volví a cruzar con Polo y lo reconocí como el pibe que saltaba arriba de las mesas en mi video”.

El retorno de la democracia en diciembre de 1983, impuso en un joven Fabián una serie de desafíos que debió afrontar para seguir adelante. En primer lugar, su hermano Claudio abandonó el PC y comenzó a militar en las filas del alfonsinismo, en pleno romance de gran parte de la clase media argentina con el dirigente radical, y las discusiones políticas en casa comenzaron a tornarse cada vez más rípidas, repletas de chicanas y de pases de factura, pero siempre marcadas por el cariño entre los hermanos. Por otro lado, Fabián tomó en ese momento otra decisión fundamental para su vida: rechazó el ofrecimiento de la dirección del Partido para convertirse en un funcionario rentado, oferta que le llegó a partir de la influencia ganada como dirigente juvenil en la Fedé. Pero Polo dijo no, y esa decisión resultó el comienzo del fin de su presencia dentro de las filas del PC, de donde se terminaría alejando poco a poco, para dedicarse con todas sus fuerzas al periodismo.

“Serás lo que debas ser, o si no, serás periodista”, repetía siempre Claudio en broma, y la máxima que tanta gracia le causaba a Polo, sería su frase de cabecera durante mucho tiempo cuando era consultado por la elección de su profesión. Alejado de la vida interna del Partido, que tanto tiempo y fuerzas le consumía, comenzaba para Polo una nueva etapa en donde las idas y vueltas de su trabajo y la búsqueda de una identidad como periodista marcarían su camino.